



*Todos nacemos genios.
El medio ambiente se
encarga de alejarnos de
la sabiduría interna.*

Después de infinidad de estudios hemos llegado a la conclusión de que únicamente un Ser Superior pudo haber creado este ecosistema perfecto llamado cerebro. Conocer su funcionamiento nos conduce a la transformación para llegar a ese Ser.

El genio, como lo describían los griegos, es una presencia angelical que llega a nuestra vida para guiarnos y apoyarnos en todos los sentidos. Lo alejamos de nosotros cuando prestamos atención a las críticas, los castigos y limitaciones del mundo y nos dejamos vencer por los errores que cometemos, apagando la guía y el apoyo internos.

Existe un recuerdo de infancia del genio que llega como un ángel a visitarnos durante el sueño. Podemos recuperar esa memoria cuando el adulto vuelve a hacer contacto con la verdad y el ángel regresa a sus sueños.

Paul Scheele

Notas de las autoras

Hace varios años Paul Scheele me pidió que escribiera un libro en español sobre Aprendizaje Acelerado. Hice varios intentos que resultaron infructuosos, ya que no sabía cómo se escribía un libro.

Un día reencontré a Tessie en mi vida, le conté del proyecto, se entusiasmo y pusimos manos a la obra.

Ya enfocadas en este trabajo, pasaron por nuestras manos varios libros sobre el funcionamiento del cerebro y sobre el perdón, y decidimos entonces incluir esos temas que nos parecieron tan valiosos.

La escuela me marcó

La escuela fue la que me marcó como Esel (burro). Me sentía una bruta, y como el cerebro no puede más que obedecernos, vivía la vida de acuerdo a esa etiqueta.

Después de cumplir 40 años conocí a Paul Scheele, quien me dijo cuando yo tomaba un curso de facilitadora para FotoLec-

tura, que mi forma de ver el mundo era diferente: a través del hemisferio derecho y con el kinestésico como sistema sensorial dominante. Ése había sido mi pecado, percibir el mundo “al revés” de como la mayoría de las personas lo hace. Por lo tanto la escuela tradicional me hacía ver como bruta, sin serlo... pero creyéndomelo.

Aprendí que los problemas, los obstáculos y las dificultades son oportunidades que nos ofrecen Dios y el universo para crecer, para expandir nuestra inteligencia, y nuestra conciencia, y aprender a buscar y encontrar opciones en el camino hacia el ser interior, nuestro verdadero yo y comprender la razón por la que estamos vivos.

Este libro refleja parte de los aprendizajes que me han permitido disfrutar la vida, valorarme y estar en búsqueda constante de una paz interna que me ha sido de gran utilidad. Por eso quiero compartir estas experiencias, que aunque en ocasiones son dolorosas, el resultado es la verdadera paz. Ojalá que también ustedes encuentren este camino: ¡es maravilloso!

Linda Meek de Barbabosa

*Generalmente los hombres se admiran al ver la altura de las montañas,
las grandes olas del mar, las anchas corrientes de los ríos,
el tamaño inmenso del océano, el curso de los astros
y se olvidan de lo mucho que tienen que admirar
dentro de sí mismos.*

San Agustín

¡Somos un milagro, somos perfectos!

El cerebro humano es una de las maravillas más extraordinarias de la creación.

Utilizamos sólo una parte pequeñísima de él, pero su inmenso potencial está ahí, dentro de cada uno de nosotros, ávido de aprender y desarrollarse a cualquier edad y en cualquier circunstancia. Nuestro mayor reto es utilizarlo al máximo para convertirlo en una herramienta genial que nos conduzca a crear nuevas visiones y metas para nosotros, la comunidad, la ciudad, el país, el mundo, el universo.

Cuánto más descubren los científicos se les hace más patente que detrás del universo hay un Artífice. El universo, el cosmos, los millones de galaxias, lo macro y lo micro; el crecimiento, la expansión y lo infinito hablan de la creación.

Comparte el amor y recíbelo.

Aristóteles

Mi tema favorito como escritora siempre ha sido el amor. El amor y la admiración por la Inteligencia Superior; el amor romántico, el amor por los hijos, la pareja, la familia, los amigos; por los niños con cáncer, las mujeres maltratadas o los campesinos olvidados.

El amor se define como un sentimiento de interés profundo por el prójimo. Tiene el poder de curar, consolar, dar fuerzas, conquistar, inspirar y alcanzar la paz interior.

Fuimos creados para la salud y la abundancia

Estoy convencida de que los seres humanos hemos sido creados para que nuestro cuerpo, mente y espíritu funcionen a la perfección. Estamos aquí para ayudarnos unos a otros, pero quizás aún no hemos entendido nuestra misión.

En ocasiones la mente nos engaña. Tenemos libre albedrío y lo utilizamos unas veces para crear y otras para destruir. Sin embargo, si tomamos conciencia de este universo de orden perfecto y de que somos co-creadores del mundo en que vivimos, podemos mejorar nuestra sociedad y ofrecerle un prometedor futuro a la humanidad que, si no varía el rumbo, acabará siendo sacudida como una plaga maligna que habita nuestro bello planeta azul.

Tessie G. Picazo

Agradecimientos

Agradezco a Dios, al universo y a Joelio, mi ángel, por haberme permitido manifestarme en este momento de la historia tan importante para la humanidad; por haberme permitido tener tantas experiencias para lograr ser quien soy; por darme tantas oportunidades en mi vida para aprender y compartirme con seres que, igual que yo, están en busca de su ser interno; por haberme cuidado con tanto amor, lo que me ha permitido sentirme totalmente protegida.

Agradezco a mis padres, abuelos y tíos por permitirme tener tantos estímulos distintos, dejándome conocer diferentes formas de pensar y de experimentar la vida.

Agradezco a Agustín por hacerse amar; por su apoyo económico y crítico que me ha permitido seguir avanzando para encontrar los caminos hacia mi meta; por tener tantos aspectos de su vida que puedo admirar; por su compañía y seguridad, que si me faltaran no podría ser quien soy. Y por supuesto le agradezco el haberme dado

parte de su tiempo para corregir este libro.

Agradezco a mis hijos Agus, Mau y Makis, a mi yerno Miguel Ángel, a mi nuera Judith y a mis nietos Emilio, Esteban y Sofía por existir y permitirme disfrutarlos y aprender de ellos.

Agradezco a Paul todas sus enseñanzas, su ejemplo, su cariño, su confianza, su apertura, su amistad, haber compartido a Libby, pero sobre todo, su sensibilidad y seguridad de que en cada ser humano existe un verdadero genio esperando a ser despertado.

Agradezco a Tessie por aceptar la idea de escribir juntas este libro y haber corrido esta aventura desde el principio, con absoluta confianza en la guía del universo.

Agradezco a mis grandes amigos y amigas, en realidad hermanas como Annie, quien fue el instrumento para reencontrar a Tessie; a Marisela, que ha sido un gran apoyo en muchos momentos de mi vida y me ha llenado de libros maravillosos que he podido absorber y, con ellos, transformarme; a Rosa Elena, que me ha enseñado tanto y representa a todas aquellas amigas que me han querido escuchar y han puesto en práctica lo que el universo nos ha mandado para sentir paz interna y darle un verdadero sentido a nuestras vidas.

Me agradezco también a mí por haber aprovechado algunas de las oportunidades que me ha dado la vida, lo que finalmente me ha llevado a ser quien soy.

Linda Meek de Barbabosa

Gracias, Linda Meek de Barbabosa, por haberme contagiado tu pasión por el estudio del cerebro, y al universo, por ponernos juntas en este camino.

Gracias:

A mis padres, por su ejemplo de amor y bondad.

A mi hermana, por su permanente testimonio de generosidad y sabiduría.

A Jorge, quien siempre creyó en mí.

A mis hijos, mi razón de ser.

A mis nietos, por el gozo de vivir.

A mi Dios, quien me lleva en sus brazos.

Gracias, Señor, por la verdad, la belleza y la vida.

Tessie G. Picazo

El principio del fin

–¡Noo... esta vez no se salva! ¡Estoy harto del idiota de tu hijito mimado! Siempre lo estás defendiendo y justificando, ¡lo tienes bajo tus faldas!... ¡lo estás volviendo maricón! –Gritó el gorila, a punto de golpear a mi madre.

No era la primera vez que mi madre tenía que soportar estos abusos por culpa mía. El corazón me galopaba fuera de control. Pensé que debía intervenir pero le tenía terror a los insultos de mi padre. Me sentí cobarde.

–¡Encima me lo estabas ocultando! ¿Cuándo pensabas decírmelo? –Continuó vociferando mientras la agarraba con fuerza de un brazo.

Mi madre lo miró. Sus ojos azules brillaron con ira en la penumbra, luego bajó la vista hacia la mano que oprimía su delicado brazo. Amedrentado por el hielo que había en su mirada él la fue soltando poco a poco. Ella aprovechó el titubeo, se zafó con un gesto firme y, sin perder la serenidad, dio media vuelta y se fue a su habitación sin decir ni pío.

Estoy seguro de que me vio agazapado detrás del piano al pasar a mi lado, pero prefirió ignorarme para evitar que mi padre me descubriera y llovieran sobre mí nuevos insultos. Con la mirada seguí como hechizado sus blancas y bien torneadas piernas, su taconeo sobre la duela se fue alejando, la estela de su perfume fue como un anestésico que calmó, por un instante, mi ansiedad. Pensé intentar escabullirme mientras mi padre caminaba de un lado a otro de la sala refunfuñando. De pronto, dio una patada a mi mochila desparramando los libros por el piso y alcancé a distinguir algunas de las palabras que masticaba: –¡escuincle de mierda...!– Cuando prendió un cigarro pensé que descubriría mi presencia, pero estaba ciego de ira.

Sonó el teléfono e hizo que me sobresaltara a tal grado, que pensé que ahora sí escucharía el tambor que retumbaba dentro de mi pecho, pero no fue así. Mi padre pareció querer desquitar su rabia contra la bocina.

–¿Bueno?! –Gritó interrogante y brusco-. ¡Claro que estoy furioso...! ¡No, no tengo ganas de calmarme, mamá... lo que tengo son ganas de retorcerle el pescuezo a Diego, chamaco come mierd...! ¿Quieres saber lo que pasó esta vez? ¿De verdad quieres saberlo? ¡Lo echaron de la escuela! ¡No madre, ojalá hubiera sido por mala conducta, eso hasta gusto me habría dado; **lo corrieron por bruto!**

No hay hijo problema, hay un hijo que no cumple mis expectativas y es un problema para mí

Mi padre había insistido en inscribirme en una escuela alemana porque para él, la disciplina y la perfección eran valores supremos que la raza aria representaba. Tal vez por eso se había casado con mi madre: su belleza dorada lo había cautivado. El rostro de mi madre expresaba calma y equilibrio, su figura seguía siendo perfecta después de tres partos, su andar reflejaba

el mismo orgullo de mujer que su mirada, y su voz transmitía la musicalidad de su alma. Mi padre seguía muy enamorado de ella. Tal vez la pasión que sentía por su mujer era lo único que ejercía algún control sobre su temperamento irascible. La serenidad de reina ofendida con la que ella reaccionaba a sus agresiones lo asustaba. Sabía que la necesitaba a su lado por muchas razones. La elegancia de mi madre y la distinción de su culta familia adornaban la vida de mi padre; eran el pasaporte a un mundo al que había soñado pertenecer mientras crecía entre vacas y gallinas y respiraba por los poros las expectativas de Eugenia, su madre.

Por otro lado, mi padre despreciaba a mi abuelo, consideraba su gusto por la vida sencilla del campo como absoluta falta de ambición, y acabó por compartir con su madre el desprecio que ésta sentía por su esposo.

Mi abuela Eugenia y Juancho, mi padre, eran uña y carne. Eugenia se empeñó en que su hijo no fuera un don nadie como su marido y creía haberlo logrado.

Mi abuela había cifrado en la chispa de inteligencia que intuyó en su hijo menor, sus esperanzas de huir de aquella vida monótona que ella calificaba de mediocre.

El matrimonio de mis padres había sido de todo su agrado, hasta que descubrió las virtudes de mamá. La sencillez, el amor por la música y el arte, y el lugar que ocupaba “el éxito” económico y social en su lista de prioridades fue decepcionando a doña Eugenia, que había esperado más de ella.

Mi llegada al mundo, después del nacimiento de dos hermanas, había alimentado las esperanzas de la abuela Eugenia. ¡Por fin tenía un nieto rubio con cara de austriaco como su padre, mi bisabuelo!

El padre de mi abuela había sido un güerito de rancho, seguramente descendiente de algún soldado de Maximiliano, que desertó de sus tropas derrotadas para convertirse en un harinero exitoso, hasta que las vueltas de la vida lo dejaron como había empezado: sin nada. En esas condiciones la abuela

Eugenia se casó con el abuelo Mariano, quien tenía un rancho que era de los “menos peor” que había en el pueblo, donde los sueños de grandeza de Eugenia se habían quedado varados.

Ahh... ¡el éxito, la posición social, el dinero...! Sólo eso podía alimentar el orgullo de Eugenia y librarla de la frustración y la derrota. La espada y el escudo para vencer a su odiada enemiga, la mediocridad, había sido mi padre.

Muchos años y demasiado dolor me costaron llegar a esa conclusión y poder perdonar a mi pobre padre, que desperdió media vida en alimentar las pretensiones de grandeza de su madre, sin siquiera darse cuenta.

Oveja negra o borrego alebrestado

Después de aquel vergonzoso incidente que cambió por completo mi corta vida, las palabras que se quedaron grabadas en mis recuerdos eran las que mi padre le había dicho a mi abuela: “¡No madre, ojalá hubiera sido por mala conducta, eso hasta gusto me habría dado; lo corrieron por bruto!”

Por lo visto era menos vergonzoso portarse mal que andar por la vida con la etiqueta de bruto. El apodo de **Esel** (burro) que me habían puesto en el Colegio Alemán era un estigma que debía sacudirme cuanto antes. Decidí cubrir mis heridas con rebeldía. No necesitaba ser brillante para deducir que debía enmascarar mi estupidez detrás de una “mala conducta”, y me convertí en un niño problema. Como los niños “listos” de mi nueva escuela me asustaban, preferí unirme a la pandilla a la que para pertenecer sólo había que hacer lo que siempre había hecho tan bien: ¡pendejadas!

Detrás de un niño educado ¿está la sombra del látigo?

Lo que más me dolía era lastimar a mi madre. Pero no podía seguir viviendo bajo sus faldas –aunque admito que nada me habría hecho más feliz–. Ella intentaba convencer a mi padre de que mi nueva actitud era síntoma de un niño maltratado, pero él insistía en que el látigo era la respuesta. Mi padre y yo nos enfrascamos en una guerra de poder que duró buena parte de mi vida, desde mi adolescencia hasta que ocurrió algo realmente inesperado muchos años después.

Esel se había sublevado. Me volví insolente, indisciplinado, terco, desobediente, revoltoso, siempre reacio a hacer lo que se esperaba de mí. Era el perturbador del orden familiar, me obstinaba en crear problemas para demostrar que me había vuelto indomable y hasta salvaje.

Hice a otros las mismas bromas pesadas de las que yo había sido víctima muchas veces. Me unía a las voces burlonas que se reían de los inteligentes, de los amantes de la paz. Me aprendí un buen repertorio de palabrotas y frases ofensivas como las que usaba mi padre; me volví irónico y bufón. Había que reírse de los demás antes de que se rieran de ti. Era mejor ser abusador que abusado. Siempre había que estar con el fuerte, porque la solidaridad con el débil demostraba tu propia debilidad.

Autoestima

Mientras más popular y aceptado era entre la pandilla, más avergonzado de mí mismo me sentía. En nuestras correrías era el más audaz, tal vez buscando escapar de la vida o ser atrapado y castigado como merecía. Las miradas de reproche de mi madre y sus lágrimas de desilusión me hacían desear desaparecer de la faz de la tierra. Mi autoestima estaba por los suelos.

Rebelde o incomprendido

La etiqueta de *Esel* fue sustituida por la de rebelde. ¡Qué difícil era vivir detrás de la máscara de la insolencia! Sin embargo, era mejor que las orejas de burro.

Nadie comprendía lo que verdaderamente sentía, estaba absolutamente solo en el mundo. Era como una sombra en mi casa y a veces podía observarme como a un extraño. ¿Era yo ese muchacho flaco y sucio que sólo llegaba a dormir, de día o de noche? ¿Era yo aquél que se fugaba de los sonidos de la casa y las voces de su familia tapándose los oídos con unos audífonos, sin los cuales mis bocinas habrían hecho estremecer la habitación con decibeles ensordecedores?

Alguna vez mis oídos habían gozado al escuchar la música que salía de los dedos de mi madre frente al piano, o del chelo del abuelo Joaquín o la flauta de la abuela Sofía.

Mi madre se sentía sola. Estaba sola y se había refugiado en su arte. Siempre había tenido un gran talento musical pero ser madre y esposa eran incompatibles con la dedicación necesaria para lograr la excelencia. Mis hermanas crecieron. Tenían novios, iban a la universidad, hacían una vida propia. Eran inteligentes, disciplinadas y sensatas. El hecho de que yo fuera el malo de la historia las liberaba de la tentación de dar problemas. Mi padre estaba demasiado ocupado haciendo dinero como para dedicarme tiempo. Nos enredábamos en fuertes discusiones; había gritos y sombrerazos por un rato, pero después intentaba ignorarme. Él también prefería que su hijo fuera un rebelde a tener un *Esel* en la familia o peor aún, un cobarde despreciable. Recordé las palabras que le dirigió a mi madre aquella noche imborrable: “lo estás volviendo maricón”.

Para él ese calificativo no tenía que ver con una preferencia sexual, sino que lo usaba como un sinónimo de falta de hombría y de carácter. Alguna vez busqué el significado de la palabra “puto” en un diccionario y fuera de invertido o sodomita,

lo cual no era, el resto de los sinónimos me quedaban perfectamente. En aquella época era yo, en efecto, *cargante, molesto, difícil, fastidioso, despreciable, miserable, vil, asqueroso, repugnante y rastrero*, todos los demás sinónimos de la cruel palabra.

También busqué los antónimos: *agradable, simpático, divertido, fácil, noble, honrado, decente...* todo lo que realmente me habría gustado ser y consideraba ya casi imposible de lograr. Sólo un milagro podía salvarme.

Escuché la música de mi salvación

Una noche desperté mareado por haber fumado marihuana. Coqueteaba con drogas más serias, pero algo en el fondo de mí todavía luchaba por no traspasar la última puerta al camino sin retorno. No sabía si estaba en el cielo o en el infierno.

Se escuchaba una música que parecía salir de las manos de un ángel pero el dolor que expresaban las notas y la fuerza de la desesperación que impregnaba el ambiente, me parecieron un grito de auxilio.

Me levanté de la cama y me acerqué al piano como un zombi. Mi madre estaba tan absorta en desahogar su pena que no se percató de mí, hasta que me tuvo muy cerca. Al sentir mi presencia dejó de tocar. Por un momento pareció que el tiempo se detenía. Su mirada azul llena de angustia se me clavó en lo más hondo. No hubo palabras. Me eché a sus pies y puse mi cabeza en su regazo. En sus leves caricias sentí su amor incondicional. Los dos lloramos un buen rato. Al fin ella dijo: *ayúdame... yo te necesito*. Después tomó mi cara de adolescente, llena de granos y de pelos de una barba incipiente, y añadió: *ayúdame a despertar a aquel niño maravilloso*.